

—Estoy seguro de ello—respondió Mortal— porque lo habíais prometido, y sois hombre de palabra.

—Gracias por el elogio, que es por lo menos extraño en ciertos labios.

Y al hablar miraba instintivamente, sin hacer el menor movimiento para cogerle, por temor de que Mortal le ganase la vez, un magnífico cuchillo andaluz que brillaba sobre la mesa.

Daniel sorprendió aquella mirada, y sonrió instintivamente, como hombre que conocía esas armas y esas riñas traperas.

—Repito—dijo—que necesito ese papel.

—Y yo repito—contestó Paul—que no os lo daré. Debéis traer armas; pues matadme. Será una excelente manera de que continuéis vuestro oficio.

—¡Miserable!—exclamó Mortal, palideciendo intensamente.

—Pues qué, ¿no lo sé todo? ¿No sé que sobre vuestra frente podría escribir como un estigma estas dos palabras que tenéis bien ganadas: «Delator y espía?»

—No es esta ocasión para injuriarse. ¡Quiero ese papel, ese papel que adivino tenéis en el bolsillo, en que apoyáis la mano como para defenderlo!

Laverdac miró á Mortal frente á frente.

Decidido á todo, y dispuesto á coger el cuchillo:

—Jamás—dijo con voz estridente,—nunca os entregaré este papel que os deshonra.

Y su mano izquierda apretaba, como para defenderla, aquella misma cartera que en otros tiempos, siendo aún niño, había ocultado á las investigaciones de Mortal y sus agentes.

En aquel momento había sido cuando Noel había visto al de la barba negra precipitarse sobre el cuchillo, y cuando forzando la ventana se había lanzado en aquel cuarto en que acababan de asesinar á un hombre.

V.

El proceso.

Noel Rambert se preguntó al día siguiente al despertarse, volviendo los ojos en su alrededor con profunda angustia, por qué se encontraba allí, fuera de su casa y encerrado. Necesitó algún tiempo para recordar todo lo que había ocurrido. El largo y pesado día de la víspera se le representaba confuso, y todas sus acciones, todos sus pensa-

mientos, todo lo que había visto y oído le parecía como envuelto en una nube y sólo lo recordaba de un modo vago y fantástico.

Luego, poco á poco, y uniendo unos á otros sus recuerdos, tan cercanos todavía y ya tan confusos, reconstituyendo en cierto modo hora por hora aquel primer día del año, lleno de tantas emociones y sufrimientos, retrocedió de espanto ante aquella increíble realidad. Después de haberse levantado por la mañana en su casa al lado de su hijo, había dormido por la noche en la cárcel, anquilado, acusado de asesinato.

—¡Pobre de mí!—se dijo.—¿Durará aún mucho esta terrible equivocación?

Se levantó maquinalmente y dirigió una mirada á sus ropas. Se encontró lleno de salpicaduras de barro, y notó que el pantalón, cubierto de lodo, le pesaba demasiado. La lluvia había ajado y arrugado aun más su ya estropeado vestido. Parecía haber rodado ó dormido en el fango. ¡Tan atrozmente manchado estaba de pies á cabeza!

—Pobre Noel—se dijo tratando de sonreír—trabajo te costaría hacerte pasar por un socio del Jockey Club.

Hubiera querido saber si había dormido hasta muy entrado el día, y la hora que era entonces. La

luz gris y apagada que entraba por un vidrio impulimentado parecía indicar que estaba amaneciendo.

Acaso le fuera necesario esperar aún mucho tiempo para ver abrirse aquella puerta.

—Que me interroguen en seguida—pensaba—y me dejen ir á abrazar á mi Santiago.

Y casi al momento, como si hubiera dado una orden prontamente ejecutada, oyó crujir el cerrojo, y un guardia que se presentó en el quicio de la puerta le dijo:

—Venid.

Habían sacado al mismo tiempo á los diversos detenidos aquella noche, vagabundos, borrachos y mujeres varias, unas vestidas de seda y otras de andrajos.

Sólo un joven, acusado de robo, y con cara fresca y sonrosada y largos cabellos negros fuertemente perfumados con pomada, levantaba con audacia la cabeza en medio de aquel grupo confuso, pálido é inquieto.

Rambert fué conducido de nuevo á la presencia del comisario. Al atravesar las calles bajo las miradas de los curiosos, no se atrevía á levantar la frente, sintiendo estigmatizado ya en su rostro el desprecio de los demás.

Cuando entró en el mismo despacho del comisario á que le habían llevado la víspera, se sintió más tranquilo, porque se persuadió de que por fin se iba á demostrar su inocencia y á ganar su causa.

Sentado en un banco de madera, con la gorra entre los dedos, rodándola de cuando en cuando con un movimiento inconsciente, y limpiándola con el codo, miraba con ojos fijos y enrojecidos. Pálido, cansado, con el tinte plumizo, los labios azulados, los espesos cabellos en desorden y llenos de polvo, el bigote encrespado y la barba á medio crecer, ó por mejor decir, con dos semanas sin afeitarla, que daba á aquella cara demacrada cierta especie de suciedad, Noel Rambert tenía el aspecto no sólo miserable del pobre, sino la apariencia descuidada y repugnante del vagabundo. Al fijarse en su figura, en la que la inteligencia y aun esa clase de hermosura que produce á veces el dolor, estaban borradas por una especie de estupidez bestial, cualquier juez hubiera creído que el acusado era seguramente el culpable.

La mirada del comisario se fijaba en Rambert con repulsión desdeñosa. No dudaba en modo alguno que aquel hombre que estaba ante él, encorvado por la fatiga, fuese un asesino. Le preguntó con tono casi burlón si persistía, como la víspera,

en negar su crimen. Noel respondió á su vez con esta pregunta:—¿Pero se me va á continuar teniendo mucho tiempo por un asesino?—Y volvió á contar, acumulando detalles, esforzándose en hacer reaparecer ante el que le escuchaba todas aquellas escenas, todo lo que había visto, y á medida que avanzaba en su relato, le parecía á él mismo que lo que decía tenía algo de inverosímil, de imposible, y perdía poco á poco la confianza. Tan increíble llegó á parecerle lo que contaba, que más de una vez se detuvo para preguntarse á sí mismo en voz baja:

—¿Lo habré yo soñado?

El comisario escuchaba todo aquello que él creía pura novela, con aire de incredulidad, y decía de cuando en cuando:

—Sí.... sí.... muy bien.... vamos.... combine usted bien la historia....

Cuando Noel concluyó, se contentó con repetir: «Está bien», é hizo una señal á los guardias, que dijeron á Rambert:

—Venid.

—¿Pero me van á encerrar de nuevo?—preguntó Rambert.

Los agentes sonrieron burlonamente, y el comisario respondió.

—Sí, para concederle á usted un premio de virtud.

La sonrisa de los agentes se acentuó al escuchar estas palabras, y Noel se levantó y los siguió, en tanto que uno de ellos decía al otro:

—De hacerles caso, se les tomaría á todos por vírgenes inmaculadas.

Volvieron á la cárcel. Los soldados miraban á Rambert con curiosidad. Les habían dicho que era un asesino. El hombre que ha matado á un semejante se convierte en objeto de espectáculo. Noel empezó á inquietarse seriamente, empezó á comprender que por más que fueran ciertas sus palabras, era tan poco verosímil lo ocurrido la víspera, estaba tan obscuro el drama en que se había visto envuelto, que acaso batallase en vano por esclarecer la verdad en medio de aquel cúmulo de cosas dudosas y fantásticas.

A pesar de su energía, se apoderó de él un terror profundo, el terror magnético del que estando al borde de un abismo ó en lo alto de un campionario, se siente acometido de un vértigo. No era la primera vez que le habían llevado preso entre dos soldados. Conocía las casamatas de Vincennes y los calabozos de Saint-Michel. Pero el crimen que había expiado entonces era el de creerse en

su derecho y querer vivir libre. Podía, pues, marchar con la frente levantada. Al condenarle le honraban. Pero ahora era muy distinto. El crimen vergonzoso, siniestro, bajo, de que se le acusaba, le degradaba, le manchaba á sus propios ojos. Se le trataba como un asesino vil y vulgar; le preguntaban, sin que pudiese abofetear ó escupir á la cara al que así le hablaba:

—¿Cómo matasteis á aquel hombre?

¡El asesino! ¡El acusado por todos de semejante infamia!

Empezaba á sentir que se trastornaba su cerebro. Rendido de cansancio y falta de fuerzas, hubiera querido acostarse en cualquier rincón, tenderse, permanecer allí enteramente solo. Se creía próximo á desfallecer.

Sentía como fuego en los pulmones, y las caderas le dolían como si las tuviera rotas. Apoyado contra el muro de la cárcel, miraba con aire estúpido á las mujeres detenidas que lloraban amargamente, y al joven de cabellos perfumados que tarareaba un aire nacional.

Un sargento decía:

—¡Qué frío tan terrible! pon más lumbre.

—¡Qué contraste!—pensaba Noel;—ellos tienen frío y yo me ahogo de calor.

Cuando le dijeron que tenía que salir y montar en el coche celular que esperaba en la calle, Noel notó que se ponía extraordinariamente pálido. Aquella idea le estremecía. Oía delante de la prevención el ruido de la muchedumbre que reía y que se daba el bestial placer de ver salir á los presos. ¡Ironía estúpida de los indiferentes y de los tontos! Siempre hay en las muchedumbres alguna última burla, alguna acerba injuria para el miserable ó el caído.

Los curiosos se habían puesto en fila, ocupando la decena de pasos que había desde la prevención al coche. Los presos sufrían las burlas y las risas que de todas partes les saltaban al rostro. Era preciso pasar por las horcas caudinas de la malévolá alegría de los desocupados. Las mujeres marchaban rápidamente, bajaban la cabeza y subían de prisa. No por eso se libraban de oír alguna injuria ó alguna obscenidad.

Noel, que lo presenciaba todo desde el quicio de la puerta, sentía impulsos de insultar á todos aquellos mirones. Por fin le llegó el turno de montar. Delante de él iba el joven sonrosado, balanceándose, con las manos en los bolsillos y mirando con la mayor desvergüenza á derecha é izquierda. Reconoció probablemente á alguno entre aquella con-

currencia, porque gritó alegremente al tiempo que subía al carruaje.

—¡Sí, detenido! pero no será por mucho tiempo. Hasta muy pronto.

Detrás de aquel bicho engalanado iba Rambert, sin levantar la vista del suelo, con el entrecejo fruncido, anonadado por la inmerecida vergüenza de sufrir las burlas bestialmente cínicas de aquellas gentes. Hubiera querido taparse los oídos con la mano para no oír el zumbido burlón de la muchedumbre.

—¡Qué gentes tan villanas!—pensaba—; Se divierten con ver sufrir!

Las lágrimas le hinchaban los ojos. ¡Qué largos le parecieron aquellos diez pasos!

—¿Qué me pasaría más—pensaba—si fuese culpable?

Por fin se vió libre de aquel suplicio, y en tanto que el coche caminaba hacia la cárcel pudo dirigir su pensamiento al boulevard del Hospital, donde su hijo le esperaba, le llamaba sin duda, llo-rando.

Era preciso confiar á alguien á aquel pequeño. Santiaguito no podía quedarse solo. En tanto que él disputaba su libertad á las gentes de la curia y probaba la falsedad de la acusación, ¿á quién con-

fiaría aquel pobre ser débil y enfermo aún? ¿Á su madre? Noel no quería ni siquiera pensarlo. ¡Santiaguito bajo la vigilancia de Gobergueau! Sólo esta idea hacía hervir su sangre. Para Rambert no tenía madre su hijo desde que Marta Hardy tenía un amante. Se le ocurrió recomendar al niño á sus compañeros de taller. Harían un guante. Aunque pobres, le ayudarían. Pero pensó que también ellos, sus amigos, podrían creer que era culpable, y culpable de asesinato. Entonces se dijo:

—No, no quiero pedirles nada. Quiero probar antes que soy inocente. ¡Ah! ¡si la pobre señora que me dió el dinero hubiera podido sospechar que se me iba á acusar de haber asesinado para robarle!.....

Y no acababa. Su pensamiento volvía bruscamente á su hijo.

—¡Doloroso es!—decía Rambert en voz alta, como si hablase con alguien, en tanto que rodaba el carruaje—¡bien doloroso! Se encuentran pocos amigos verdaderos. ¡Qué solo me encuentro en París! ¿Á quién escribir? ¿Á quien recomendar á mi hijo?

Buscaba y se revolvía en el vacío con gran terror. No encontraba un hombre cuya amistad pudiese poner á prueba en aquel doloroso trance.

Recordaba el día en que había nacido el niño; le parecía oír los agudos gritos de Marta y ver la consoladora sonrisa de la joven cuando él, loco de alegría, había murmurado en voz baja á su oído:

—¡Es un niño, Marta, tenemos un niño!

¿Quién le había de haber dicho que en tan poco tiempo habían de destruirse todas sus alegrías y sus esperanzas?

Se detuvo el coche. Hicieron bajar á Noel, que se consoló con la esperanza de que allí no habría curiosos. En tanto que registraban su nombre en el libro de entrados, dijo:

—Yo probaré que soy inocente; pero desearía que mi hijo no muriese de hambre mientras llega este caso.

—¿Su hijo de usted?

—Sí. Aun suponiendo que yo fuera culpable, él sería inocente. Pues bien, ¿hay medio de ponerle en alguna parte donde le mantengan?

—¿Qué edad tiene?

—Es pequeño. Un estómago fácil de alimentar..... cuando hay trabajo.

—¿Tiene madre?

Rambert dudó un momento, y luego contestó bruscamente:

—No.

—Pues bien; se le meterá en la cárcel de niños.

—¿A él? nunca. ¿Qué delito ha cometido? ¡En la cárcel, cuando lo que él necesita es aire puro y reír, gritar y correr por la hierba! ¡Mi Santiago como un pequeño vagabundo! No; lo prohibo formalmente.

—Si quiere usted que le dé un consejo—dijo á Rambert un hombre cubierto con una gorra de cuero y vestido de uniforme—le diré que deje ese tono y que no haga el tonto.

Lo que irritaba á Noel era la impotencia en que se encontraba para responder á los que le preguntaban y le insultaban. Se sentía debilitado, abatido, aniquilado por aquella acusación que le colocaba fuera del derecho común, y de hombre honrado que era la víspera, de hombre libre cuyo juramento hubiera hecho fe en cualquier parte, le transformaba en un delincuente vulgar. Todo su ser protestaba de su inocencia, y sin embargo, le era preciso no responder, no discutir. ¿Qué podían juzgar ni comprender aquellos carceleros? Era necesario esperar á que llegase el momento del interrogatorio. ¡Ah! ¡cómo defendería entonces su causa ante el juz de instrucción! Aquella vez sí

que estaba seguro de tener la elocuencia necesaria para demostrarle la verdad. En tanto, sólo tenía el temor de que la justicia aprisionase también, bajo el pretexto de alimentarle, al pobre Santiaguito, que había quedado solo.

Noel Rambert fué interrogado aquel mismo día por Mr. Dubois, juez de instrucción. Era un hombre sonriente, de esbelta figura, ojos brillantes y dientes blancos, que, con su aspecto de abate ó de gastrónomo indulgente, creía ver un culpable en cada detenido.

Su costumbre de tratar á los malhechores le hacía ver monstruosidades en todas partes, lo mismo que los médicos alienistas toman por locos á las gentes más sensatas, en fuerza de vigilar y frecuentar á los maniáticos. Mr. Dubois dedicaba sus ocios de juez á componer versos, queriendo imitar el estilo de Voltaire, y así pasaba la vida desde el sillón del juzgado á una historieta rimada, y nadie hubiera creído al leer los trozos anacreónticos que habían aparecido con su nombre, que tenía por oficio enviar gentes á sentarse en los bancos del tribunal de Asises.

Cuando acababa de tomar declaración á los detenidos, salía Mr. Dubois del palacio de justicia y vagaba por los muelles; y cuando después de ha-

ber redactado la acusación contra alguno de sus contemporáneos, descubría en algún puesto de libros viejos algún ejemplar de sus poesías, que compraba en seguida para que no se pudiese con la humedad del Sena, volvía á su casa sonriente y se decía frotándose las manos:—Vamos, no he perdido el día.

La opinión de Mr. Dubois fué muy poco favorable á Rambert, en cuanto vió presentarse á aquel pobre diablo sucio y abatido.

El juez de instrucción razonaba como el comisario. Dirigió al detenido las preguntas ordinarias en tales casos, en tanto que un escribano escribía rápidamente lo que le dictaba. Mr. Dubois, como todos los jueces de instrucción, sustituía con una redacción nueva y más literaria, más académica, las contestaciones del acusado.

Noel respondía con seguridad.

Cuando le preguntaron si había sido condenado ó encausado otras veces, respondió:

—Sí, el 15 de Marzo, y después en Diciembre—continuó con orgullo.

Mr. Dubois sonreía frotándose las manos.

—Se os ha encontrado ayer en la casa ocupada ordinariamente por Mr. Gilbert Garnier, pintor, en el momento en que acababan de asesinar en

ella á un hombre. En el reconocimiento del cadáver se ha comprobado que era el de Mr. Paul de Laverdac, compositor de música, que habitaba en la calle de Hauteville, 20. Mr. Laverdac murió de una puñalada en el corazón. ¿Reconocéis este cuchillo, cuya forma y hoja indican claramente su origen español?

—Sí, le he visto sobre una mesa desde el marco de la ventana de la habitación, adonde me había atraído el ruido de una disputa. Con él fué asesinado aquel hombre.

—Aquel hombre..... aquel hombre..... Dé usted su verdadero nombre á la víctima, á Mr. Laverdac.

—No conocía tal apellido, ni tampoco el que habéis nombrado hace un instante..... el del pintor..... Mr. Garnier, creo.

—¿Luego no fué el deseo de alguna venganza lo que os impulsó á penetrar de noche en aquella casa?

—¡De venganza! ¿Qué queréis que tuviera que vengar en un hombre cuya existencia ignoraba?

—Entonces ¿fué sólo la codicia la que os impulsó?—interrumpió el juez con voz dulce y una sonrisita amable, como si hubiera dicho: ¿quiere usted un cigarro?

—Pero, señor juez, ya he explicado al señor comisario.....

—Sí, se os ha encontrado encima una suma bastante grande en oro. Creo que no sería el salario de vuestro trabajo. Sabemos bien lo que podéis ganar. ¿De dónde procedía esa suma? ¿Podéis explicármelo de otro modo que por la intervención de esa señora encubierta de que habéis hablado al comisario?

—Yo sólo puedo decir—contestó Rambert—lo que es verdad. ¿Qué queréis que os diga? Parece una fábula esta desgraciada historia, pero es bien verdadera. Me dijo aquella señora: «Id allá; se trata de la vida de un hombre; aceptad esto en recompensa de este trabajo.» Yo no lo hubiera tomado. Prefiero trabajar, pero estaba muerto de hambre y quería que al día siguiente tuviese mi hijo sopa y pan. Tomé, pues, el dinero, y me conceptué dichoso..... muy dichoso. Fui á Beaujon y llegué á tiempo para presenciarlo todo.

—¿Y podríais reconocer á aquella señora, ó por mejor decir, á aquella visión?

—No lo sé. La noche era oscura y no distinguí bien su fisonomía.

—¿Y no recordáis ningún indicio, ningún signo?

—Sí, recuerdo su nombre.

—¿Cuál?

—Clara.

—¿Clara de qué?

—Nada más que Clara. Ella me dijo: «Veréis á un hombre, y le rogaréis que huya, en nombre de Clara.» Si yo hubiese previsto lo que iba á ocurrir, la hubiera preguntado su apellido; pero, ¿quién se va á imaginar verse acusado de tal crimen por prestar á cualquiera un servicio tan insignificante? Yo creo que todo esto es un sueño, que no estoy acusado ni detenido, y que me pondréis en seguida en libertad. ¿No es cierto, señor juez?

Mr. Dubois echaba hacia atrás la cabeza, y sus labios daban paso á un ligero silbido que tan sólo él percibía; tenía los codos apoyados en la mesa y las manos en el aire, con las extremidades de los dedos apoyadas unas contra otras, y miraba á Rambert, perfectamente convencido de que tenía ante sí un gran criminal. Su fisonomía entera de magistrado parecía querer decir: «inventa, inventa lo que quieras, pobre hombre, que no me engañarás con tus mentiras.»

Una vez terminado el interrogatorio, el juez hizo una señal al escribano, y éste leyó con voz nasal la declaración del pobre Rambert.

—¿Es exactamente lo que habéis dicho?— preguntó Mr. Dubois.

—Sí, señor.

—¿Sabéis firmar?

Noel alzó las espaldas, miró á aquellos dos hombres con extrañeza é ironía, como diciendo: —«¿Es decir que me tomáis por un bruto, presa de gendarmes y carne de guillotina?»— Luego cogió la pluma y firmó.

Al escribir su nombre notó que le temblaba la mano. Sentía en la palma de ella una impresión como de quemadura. Era la fiebre que sobrevenía á consecuencia de la excitación cerebral, de la cólera y de los sufrimientos de aquellos días.

Le condujeron de nuevo á su celda.

Sentado en el camastro gris, más triste que el dibujo de un moribundo, miraba los desnudos muros de aquella prisión, que apenas alumbraba un día nebuloso y frío. El pequeño escabel pegado al muro no era lo bastante alto para permitirle asomarse á la ventana; pero adivinaba que daba á un patio, en el que oía voces, risotadas cínicas y desvergüenzas en argot de presidio. Sin duda estaban allí los presos en su hora de recreo y tomando el aire.

También él hubiera querido respirar un poco.

La celda, llena de esa atmósfera amarilla, parecida á la niebla densa, y exhalando ese mefítico olor de los cuartos cerrados, empezaba á congestionarle.

Por la tarde abrieron la puerta y un carcelero le mandó salir. Creyó por un momento que estaba libre y que podría correr á abrazar á su pobre Santiaguito, que se encontraría dichoso al volver á verle. Pero no, no se trataba de darle libertad. A lo que iban era á ponerle en presencia del cadáver de Laverdac, y luego al boulevard del Hospital, á hacer en casa del detenido, y á su presencia, las pesquisas marcadas por la ley.

Los guardias, que se situaron en el coche á ambos lados de Noel, le dieron estas noticias, en las que el desgraciado no vió claramente más que una cosa: que iba á ver á su hijo, aunque sólo fuese por una hora.

Este pensamiento le consolaba en medio de su atroz desgracia. Deseaba que se acabase cuanto antes la confrontación del cadáver. Hubiera querido estar ya en su casa cerca de su hijo.

Habían trasladado el cadáver de M. Laverdac á casa de su madre. Cuando el carruaje se detuvo en la calle de Hauteville, Noel dijo casi maquinalmente:

—¡Toma! ¡pues no estamos en Beaujon!

BEAUFORT DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

—No—dijo un guardia;—estamos en casa de la víctima.

Hicieron bajar á Noel, que entró en la casa seguido por los guardias.

El portero asomó con curiosidad su rostro rugoso y astuto, un poco asustado.

Noel atravesó un patio y subió por una escalera encerrada, preguntando en cada tramo:

—¿Es aquí?

Le era preciso apoyarse en la barandilla para no caer. Se sentía débil, febril y con las articulaciones doloridas como si estuvieran dislocadas.

Los guardias parecían decirse con una ojeada irónica:

—Este acto es bien terrible; ya tiembla el pobre de miedo.

En el cuarto tercero esperaba el comisario, conversando con el juez de instrucción. Éste miraba con aspecto indiferente á la gente de la casa que se reunía y hablaba en el patio.

Al ruido producido por Noel al subir, dijo al comisario:

—He aquí nuestro hombre. Puede usted llamar.

Llamó efectivamente, y á poco abrió una criada vieja, con ese aspecto de estupidez que presentan las gentes á quienes anonada el dolor.

—Venimos—dijo el comisario—á confrontar á la víctima con el acusado. Agradeceríamos á usted que evitase que Madame Laverdac entre en el cuarto en que está depositado el cadáver.

Rambert escuchaba, y volviendo á su idea fija,

—¡Es un sueño, una pesadilla!—se decía.

El comisario dijo, señalando una puerta cerrada ante él:

—Aquí es.

Noel experimentó entonces como una especie de escalofrío, ante la idea de que iba á ver de cerca el cuerpo del pobre diablo á quien no había podido salvar, á quien habían asesinado infamemente en su presencia. Habían echado el cadáver sobre una cama, y con los brazos tendidos á ambos lados y la cabeza sobre la almohada, parecía dormir. Pero aquella figura de marmórea calma presentaba una lividez terrible, un doloroso aspecto de cera. Sobre su amarilla frente se veían los cabellos pegados á ella por el sudor de la agonía, y las ropas retiradas hacia los pies dejaban al descubierto la herida, la llaga abierta por donde se había escapado la vida.

Rambert permaneció ante aquel cuerpo inmóvil, moviendo la descubierta cabeza y mirándole con esa expresión triste y silenciosa que se tiene involuntariamente ante la muerte.

El juez le preguntó:

—¿Reconoce usted este cadáver?

—Sí—contestó maquinalmente Rambert.

—¿Es el del hombre que, según dice usted, ha visto usted asesinar?

—El mismo.

Rambert notaba que las miradas de todos aquellos hombres estaban fijas en él y pretendían penetrar en su pensamiento y hasta en su conciencia.

—Está evidentemente turbado—dijo uno de los guardias al oído del otro.

Mr. Dubois sonreía siempre y miraba al comisario con aire malicioso.

En el momento en que Rambert se alejaba conducido por los guardias y llegaba á la antecámara, una mujer de edad, que no era la criada que había abierto, se presentó rígida, con los ojos extraviados, ante aquel grupo de hombres, y designando á Noel:

—¿Conque es éste?—dijo con voz ronca y tono de siniestro odio.

El juez de instrucción hizo una señal al comisario, y éste la cogió la mano con dulzura y la dijo en voz baja:

—¡Valor, señora, y paciencia! Se lo suplico á usted.

Noel, que marchaba con la cabeza baja, la levantó al oír el grito de aquella mujer, y comprendió desde luego que era la madre de la víctima. La miró á su vez fijamente con expresión de piedad, y al contemplar á aquella mujer herida en su hijo, vibraron de nuevo en él todos los delicados sentimientos de su exquisita sensibilidad. Se acordó de que era padre, y se dió perfecta cuenta del profundo sentimiento de aquella infeliz madre.

Hasta aquel momento había permanecido abatido, sombrío y aniquilado; entonces se rehizo. Brilló de nuevo en su mirada, en sus pupilas, esa llamarada eléctrica, ese rayo de verdad que se lee en los ojos aunque los labios permanezcan mudos; dió un paso hacia Madame Layerdac, puso su mano derecha sobre el corazón, y con un grito, como si su conciencia y su honradez varonil protestasen enérgicamente ante aquella mujer, ante aquella madre, contra la odiosa acusación,

—¡Señora—exclamó—juro que yo no soy su asesino! ¡No he sido yo, no he sido yo, señora! ¡Tengo un hijo á quien adoro! ¿Cómo había yo de asesinar á los hijos de los demás?

Tenían sus palabras tal acento de verdad, era su voz tan profunda é irresistiblemente convencidora, que aquella mujer, que iba á maldecirle,

quedó suspensa, petrificada, mirando con sus ojos desprovistos de lágrimas á aquel hombre que también los tenía secos y enrojecidos.

Acaso había en los ojos de Rambert una influencia en cierto modo magnética, un poderío irresistible, porque aquella pobre madre bajó la cabeza ante aquella mirada, y quedó apoyada contra la pared, abatida, dejando fundirse en lágrimas su ira, inconsolable, pero muda y casi sin cólera para con aquel miserable que así hablaba.....

Rambert bajaba ya la escalera bajo el griterío curioso y maligno de la muchedumbre apiñada en todos los pisos. Enrojecía y empalidecía alternativamente al sentir aquellas miradas y escuchar aquellos gritos. En el patio tuvieron los guardias que separar á los curiosos para abrirle paso. Un muchacho retrocedió asustado, y un hombrachón de aspecto irritado gritó:

—¡Muera el asesino!

Cuando Rambert se encontró de nuevo en el carruaje entre los dos guardias, les dijo:

—¡Sin duda le querían mucho!

—Ya ve usted que sí.

—¡Desgraciado el que asesina á otro!—murmuró Rambert.

Los guardias cambiaron otra sonrisa.

Rambert pensaba entretanto que muy pronto iba á volver á ver, á abrazar, á besar, á apoyar en su pecho á Santiaguito.

El carruaje marchó con rapidez al principio, y luego más lentamente, porque subía la empinada cuesta del boulevard del Hospital, de aquel boulevard que estaba lúgubre durante el tiempo frío, pero que á Rambert le parecía sonriente, porque en él encontraba su vida misma, el pavimento que tantas veces había recorrido, los árboles que sacudía la última primavera para hacer caer los saltamontes, que Santiaguito recogía riendo, corriendo tras de ellos y diciendo: «Más, papa, más.»

El boulevard del Hospital es siniestro y frío hacia lo alto de la barrera de Italia. Sus habitantes tienen un aspecto raro. Aquello parece un pueblo; peor que un pueblo, parece París luciendo en pleno día sus verrugas. Las casas pequeñas y bajas, algunas pintadas de encarnado, revelan pobreza y amenazan ruina. El pavimento está lleno de lodo, mal empedrado y con árboles que apenas levantan del suelo.

Cruzan de un lado á otro hombres de rostro rudo y de miembros musculosos. No están lejos los mataderos, que dejan percibir despojos sangui-
nolentos, manchas rojas y gentes que hablan con

los brazos desnudos y los delantales manchados de sangre. De allí salen carros cargados que dejan filtrar por sus maderas gotas de líquidos encarnados que esparcen ese olor especial de carne fresca.

Los matarifes se cruzan á veces con otras pobres gentes de fisonomía pálida y andar raro, cubiertas con un capote amarillento y una gorra. Aquéllos van libres, éstos marchan bajo la vigilancia de un hombre que lleva un bastón. Son los locos de Bicetre, á los que llevan allí de paseo. Rebaño humano que se cruza con los rebaños de bueyes que llevan al matadero. El perro del vaquero muerde en las corvas al animal que se queda atrás; el vigilante golpea al loco que no sigue al paso de los otros.

Ambos cortejos se alejan, se pierden en los días de invierno entre la bruma, bajo un cielo nuboso, amarillento y rojizo, en el que luego se dibuja la primera estrella alumbrando suavemente todas estas tristezas.

Rambert miraba todo aquello y se decía:

—Nada ha cambiado; luego también encontraré á mi pequeño.

Se figuraba que volvía del taller y que pasaría la noche hasta la hora de acostarse al lado del

fuego, leyendo cualquier libro de mecánica ó de historia natural, cuyos grabados entretenían al niño.

Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta de su casa, Noel sintió palpar violentamente su corazón.

Iba á volver á subir aquella escalera, á ver de nuevo aquella habitación tan querida y tan miserable.

Le parecía que ya no tendría que volver á alejarse de ella.

De nuevo tuvo que soportar las miradas de los curiosos, y esta vez fué mayor el sacrificio, porque tenía que afrontar la presencia de todas aquellas gentes á quienes había conocido y codeado antes.

Le parecía demasiado verse ultrajado allí, en su casa, ante su hijo.

Subió de prisa la escalera, que la tarde hacía oscura, por lo que tropezó más de una vez.

Al llegar al piso en que estaba su zaquizamí, se encontró con un viejo á quien muchas veces había dado una pipa de tabaco ó un pedazo de pan, y le dijo:

—¿Y el pequeño?

Esta era su única preocupación.

El viejo miró á Rambert como si viese á un resucitado, y respondió:

—Está bien..... muy bien..... En casa..... Pero ¿qué ha sido de usted, señor Rambert?

Noel había dado ya un violento golpe en la puerta de su habitación, y había entrado, seguido de los agentes, llamando, ó por mejor decir, gritando:

—¡Santiago! ¡Santiago!

Una vocecita vibrante respondió:

—¡Papá! ¡es mi papá!

Y Santiago, pálido, emocionado, sintiendo su cuerpecito recorrido por un escalofrío, se arrojó en los brazos del pobre hombre, que le apretujó, le besó, le acarició, le oprimió contra su pecho, le miró, le volvió, le revolvió y le abrazó de nuevo muchas veces sin decir una palabra y con locura.

El niño reía y decía pasando sus manecitas por los enmarañados cabellos del obrero:

—¡Qué contento estoy! ¡Ya no me volverás á dejar solo tanto tiempo, mal papá!

Los guardias hacían entre tanto las pesquisas legales en aquella pobre habitación; abrieron el vacío armario de nogal, levantaron los desgarrados colchones y registraron los bolsillos de los vestidos del pobre diablo; miraron detrás del es-

pejo, abrieron los cajones en que estaban las ropas escapadas al Monte de Piedad, buscaron, en fin, por todas partes el rastro siniestro del criminal, esperando encontrar en el antro de la bestia feroz las pruebas de otros crímenes.

Noel les dejaba hacer, y repetía á Santiaguito con voz ardiente y seca:

—¡Mírame!..... ¡Qué pálido estás!..... ¿Estás enfermo?..... ¿Te ha cuidado bien el portero durante estos días?..... Abázame..... bésame..... ¿No sabes?..... No querían dejarme volver á verte..... ¿Comprendes? Dí. ¿No has sufrido mucho mientras no he estado yo aquí?

—No—dijo Santiago sonriendo;—vino él á buscarme.

—¿Quién?—preguntó Rambert.

El niño se volvió y designó con su manecita á un hombre alto que estaba con los brazos cruzados delante de la ventana hablando con Mr. Dubois.

Noel, que estaba de rodillas y tenía al niño entre sus brazos, alzó la cabeza y miró á aquel hombre. No le reconoció, porque en la penumbra en que se encontraba no se podía distinguir más que su estatura.

—¿Cómo se llama ese señor?—preguntó Rambert al niño en voz baja.

—Mr. Pascual Arthet—dijo Santiaguito.

Noel se levantó de un salto, se dirigió hacia Arthet, llevando al niño de la mano, y con un gran movimiento de alegría,

—¡Usted! ¡usted aquí, Mr. Arthet!—dijo.—
¡Ah! Usted les dirá que no soy un asesino. ¿No es verdad?

—¡Un asesino!—repitió el niño, abriendo desmesuradamente los ojos.

Pascual Arthet se había separado del grupo, y dando un paso hacia Rambert, le miró con expresión de estupefacción y de profunda piedad. Había muchos sentimientos á la vez en aquella mirada: una duda dolorosa, una ansiedad especial, una interrogación muda y casi severa. Este primer golpe de vista, cuyo alcance comprendió en seguida Noel, hizo más daño al desgraciado que todas las acusaciones con que luchaba desde que se había cometido el crimen.

—¡Ah! se dijo.—¡También él sospecha de mí!

VI.

Pascual Arthet.

Noel Rambert sentía por Arthet esa admiración ardiente y absoluta que ciertas naturalezas heroicas inspiran, no sólo á los individuos, sino á las

muchedumbres. Estaba Arthet dotado de una resolución varonil irresistible, y al mismo tiempo de una atracción muy grande. Acaso fuera esta atracción, más que su valor, la que le daba su influencia sobre los que en los días de lucha peleaban á sus órdenes. La sonrisa de bondad hace más prosélitos que el relámpago de cólera. Los verdaderos apóstoles tienen una fuerza muy poderosa: la atracción.

Este don de gentes, esta simpatía era lo que le había granjeado la admiración y el cariño de Rambert. El pobre obrero había seguido siempre, durante las tempestuosas jornadas de Febrero y Mayo, á Pascual, quien con caballeresca audacia marchaba desdeñoso al punto de mayor peligro. Noel tenía á su jefe una adhesión incondicional, una especie de afecto filial, tierno y respetuoso. Arthet era su guía, su admiración, su conciencia. Se habían conocido en las tristes horas de la proscripción. La misma casamata había servido á los dos de alojamiento; el mismo patio, de paseo; la misma cárcel, de prisión.

Pascual estimaba á su vez profundamente á Noel, y confiaba en él tanto como Rambert le admiraba. Cuando supo que había sido detenido y el crimen de que se le acusaba, su primera exclamación fué: ¡Es inocente!